

ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO IX. — NÚM. 459

Madrid, 8 de Noviembre de 1928

PRECIO: 15 CÉNTS.

BENEFICIOS DEL CULTO PÚBLICO

MÁS de una vez hemos escuchado de labios del mundano la afirmación de que él no encuentra ningún atractivo en esas reuniones destinadas a rendir culto a Dios en lugares públicos, y que no comprende las ventajas que ello pueda reportar. Y de este modo de pensar se han contaminado muchos de los que no pasan como mundanos. Pero si no encuentran atractivo en rendir culto público a Dios, es porque tampoco lo encuentran en la fraternidad ni en el amor de los unos hacia los otros, ni en la virtud y moralidad en general. Otra gran mayoría os dirá que la religión es asunto de la conciencia, y que sin necesidad de dar cuenta a nadie de nuestras creencias, podemos tener una perfecta comunicación con Dios, el cual ha dicho: «Cuando oras, éntrate en tu cámara, y cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está en secreto». Pero es que olvidan que ese mismo Dios ha dicho también: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos».

El mismo nombre de religión da la idea de asambleas que se reúnen para glorificar al Señor, que constituye su ideal. Las formas del culto variarán, pero la obligación de rendirlo permanece la misma.

Para aquel que ha nacido de nuevo, la casa de Dios le es tan hermosa y alegre como lo era para aquel que dijo: «Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos; escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad».

El creyente ama la casa de Dios, porque es un constante testimonio en medio de una generación olvidadiza, indiferente, descarriada y perversa. Por lealtad a Cristo somos llamados a interesarnos constantemente por todos los que están sin esperanza y sin Dios en el mundo. No es porque no pertenezcan a esta o a la otra iglesia, sino porque no pertenecen a Cristo, porque no han simpatizado con Él ni obran en subordinación a su voluntad.

Nuestros cultos son testigos contra esta prevaleciente irreligión. Conociendo la condición humana, figuraos cuál sería el resultado, si se cerraran todos los lugares de culto, si los predicadores del Evangelio enmudecieran, si los oráculos de Dios fueran descuidados y nuestras Congregaciones desparramadas. Resultaría que el incrédulo quedaría en plena libertad de extender sus principios demoleedores, apa-

compasiva sonrisa; nuestra integridad, como indicadora de flaqueza y poquedad, en vez de considerarla como prueba del mayor valor moral y de la más inflexible inclinación a lo justo y verdadero. Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, es tildado de pueril, y aun es, muchas veces, motivo de vejación, de persecución y de desprecio. Y cuando nos encontramos así rodeados de esta oposición de maldad, sin saber a donde guarecernos en busca de tranquilidad y paz, nos encontramos con esos lugares de refugio, en donde, cuando menos un par de días a la semana, algunos hermanos se unen en el mismo pensamiento, en la misma fe, en el mismo culto. Asistir al culto público es, pues, un testimonio a otros y el más agradable refugio para nosotros mismos.

En tercer lugar, el hombre bueno ama la casa de Dios porque es una escuela en la cual se ilustra cada vez más en la verdad que es en Cristo Jesús. Esta ilustración y edificación es tan necesaria que, para conseguirla, Cristo «dió unos, ciertamente apóstoles; y otros, profetas; y otros, pas-

tores; y otros, doctores; y otros, evangelistas; para perfección de los santos, para la obra del ministerio, para edificación del cuerpo de Cristo». La obra del crecimiento tiene que ser lenta, perseverante, «mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea sobre línea».

Otra razón para amar la casa de Dios es que allí se goza de la comunión de los santos. Si uno está atento a la lectura de las Escrituras, sabe que otros están en la misma disposición. Si se deleita al entonar los cánticos de alabanza, otros se regocijan con él. Una misma oración se eleva a las regiones excelsas; los corazones laten al unísono al comunicarse con su Dios. Si un pecador entra en el local, no habrá ningún hermano que no se esfuerce en demostrarle simpatía y en hacerle

CERCA DE TI

*Señor, cuando tu nombre lo pronuncian mis labios,
siento más la belleza, más lejano el dolor,
mucho más soportables los tristes desengaños
que siempre trae consigo la peregrinación.*

*Cuando hacia Ti se eleva mi alma dolorida,
observo nuevos y amplios horizontes de luz,
pletóricos de ángeles y músicas divinas,
y creo que la dicha está donde estás Tú.*

*Concentro más las buenas ideas en mi frente,
llevo más esperanza, más fe, más caridad,
menos miedo a la vida, menos miedo a la muerte,
y amor... más, mucho más...*

CLAUDIO GUTIÉRREZ MARÍN

recería como vencedor y exclamaría loco de entusiasmo: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos»; el aislamiento individual iría apagando la poca fe existente y sobrevendría un período glacial que acabaría con toda vida espiritual.

El creyente ama, además, la casa de Dios porque le es un refugio contra las inhospitalarias y contrarias influencias que le rodean en el mundo. Por desgracia hay prácticas y principios y máximas que son admitidas y toleradas, y que, a la larga, ejercen su influencia en la comunidad, a pesar de estar convencidos de que Dios lo ve con solemne y judicial desagrado, y de comprender que, aun para la sociedad, aquí, en la tierra, son máximas, principios y prácticas demoleedores.

Estamos en medio de una sociedad que acoge nuestra veracidad con una

ver que ha sido llamado por Dios. Nadie le preguntará cuál ha sido su vida anterior, sino que, desde un principio, lo considerará como un hermano que necesita ser ayudado, guiado, enseñado y dirigido hacia la vida superior que él puede alcanzar con la gracia de Dios.

Otra ventaja es que la casa de Dios es el Bethel donde el bueno goza de compañerismo con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Cada vez hay más asimilación del carácter de Dios, de la naturaleza divina y mayor aproximación a la santidad divina. Resulta verdad lo que Cristo dijo: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo: si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo». Esta camaradería es la que hace decir con arrobamiento: «Mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos».

La casa de Dios nos hace vislumbrar las glorias venideras, mantiene siempre en comunicación el lazo de unión con el Invisible y nos habilita para poder dar razón de la esperanza que hay en nosotros.

Si realmente sentimos las ventajas que el culto público proporciona, comprendemos la razón del Apóstol al decir en Hebreos, X, 25: «No dejando nuestra congregación, como algunos tienen por costumbre», y del Salmista al cantar: «Cuán amables son tus moradas, ¡oh Jehová de los ejércitos!», y «Yo me alegraré con los que me decían: a la casa de Jehová iremos».

ENRIQUE TOMÁS

LA CAMPAÑA POR LA PAZ

Escucharé lo que hablará Dios Jehová: porque hablará paz a su pueblo y a sus santos. SALMO LXXXV, 8.

EL Dios hombre, Cristo Jesús, enviado del Padre para ser luz, maestro y guía de la Humanidad, para ser consuelo, gozo, esperanza y salvación de todo aquél que en Él cree, dijo dirigiéndose a los religiosos de su tiempo: «¿No es la causa de vuestros errores el no conocer las Escrituras? Escudriñad las Escrituras, porque en ella tenéis vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí».

Es axiomático que la causa de todos los tropiezos, caídas, desgracias y catástrofes de la Humanidad, ha estado en no conocer las Escrituras, o por lo menos en no poner en práctica las enseñanzas de la Palabra de Dios.

¡Desgraciado el individuo que llamándose cristiano no vive o se esfuerza en vivir, conforme a la luz que posee de la voluntad divina! ¡Desgraciada la familia en cuyo comedor no se lee la Palabra Santa todos los días y se ora en presencia de los niños y criados de la casa! ¡Desgraciada la nación que teniendo alguna luz de Dios no la pone en práctica!

Escudriñad las Escrituras, inquirir en ellas, no sólo en el ritual de su letra que mata, sino en su espíritu, en su enseñanza

que vivifica, y esto no lo digo solamente para los extraños, sino que lo digo en primer lugar, para todos aquellos que invocamos, o creemos invocar, el santo nombre de Jesús de todo corazón.

Si así lo hubiéramos hecho siempre, ¡cuántas desgracias hubiéramos ahorrado a la Humanidad, cuántas preocupaciones hubiéramos evitado a las naciones y cuántos quebrantos se podían haber evitado en épocas pretéritas que ahora estamos sufriendo!

Nadie osará desmentirnos; son verdades tangibles que todos presenciamos, mas no por eso menos dignas de recuerdo para afirmarnos más en nuestra labor hacia la paz de la Humanidad. Tristeza y pena profunda embarga nuestro ánimo al pensar en lo horrible, en lo monstruoso, en lo infernal que sería otra guerra.

Y la guerra no tiene justificación posible: ni moral, ni cristiana ni legal. Si pudiéramos reunir en un inmenso valle todo el oro que se ha derrochado en las guerras — ¡y guerras fratricidas! — desde Caín a nuestros días, podríamos hacer del globo terráqueo un jardín de cuento de hada, un lugar maravilloso, podríamos hacer pueblos y capitales donde no hubiera habitaciones de mechinal, donde no existirían lugares sin luz ni sol; ni hogares sin pan ni carbón, donde la epidemia no se cebara en los seres faltos de nutrición, donde el tifus y otras enfermedades, azote de la Humanidad, no se conocieran.

Hombres que regís los destinos de las naciones, ¿no estáis hartos de sangre? ¿No comprendéis que la guerra es un mal y que haciendo males no pueden venir bienes? Rom. 3, 8. ¿Nada os dicen las epidemias, el hambre, las enfermedades de soldados, los quejidos lastimeros de los heridos, las lágrimas sin precio de los padres que lloran sin consuelo, las angustias horribles de aquellas viudas que por la guerra se hallan sin sus maridos y que por falta de apoyo en la vida sucumben a la corriente desenfundada de la Humanidad?

Vosotros que legisláis el orden social y ciudadano, vosotros que escribís los códigos para el infractor, evitad, puesto que en vuestras manos está, evitad, repito, el horrible espectáculo de otra guerra, mucho más terrible que las pasadas. Pensad que sobre vosotros está Dios, y escuchad su palabra que habla Paz. Salmo LXXXV, 8. Pensad en que el Juez Supremo vendrá un día y os juzgará, y que éste es el anunciado por el proteta Isaías, el cual, hablando de Cristo, dice: «Llamárase su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, *Príncipe de Paz*».

Y toda vez que está demostrado que la guerra es un grave mal para la Humanidad, que en ella el vencedor pierde y el vencido se arruina, evitadla deponiendo el orgullo, la vanidad, el valor mal entendido, puesto que el valor verdadero consiste en saber sufrir con paciencia en beneficio de los demás, y todo lo que no sea

este valor, es temeridad, irreflexión, locura.

¡Qué pena y qué vergüenza pensar que naciones que se llaman cristianas luchan entre sí; que con más refinamiento de maldad que las fieras, se busquen el gemen de la vida para destruirse, sin pensar que Dios, que es amor y paz y perdón, reconcilió por Cristo todas las cosas a Sí, haciendo la paz por la sangre de su cruz, lo mismo en la tierra que en el cielo, y que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se arrepienta y viva. Colosenses, 1, 20.

FLORENTINO TORNADIJO.

A TRAVÉS DE LA PRENSA

Qué es vivir.

«Vivir no es entrar libérrimamente en el Mundo, sino encontrarse proyectado de repente en un mundo que es incanjeable. Como alguien que dormido fuera llevado a los bastidores de un teatro y empujado hasta el proscenio se encontrara ante el público, de pronto, sin saber por qué. Otra cosa fuera si pudiéramos prepararnos para entrar en él. La vida nos es dada, o somos arrojados en ella, y aun eso que nos es dado tenemos que fabricarlo con nuestras propias manos. Vivimos llevando en peso nuestra vida por las esquinas del Mundo. Nuestra vida es nuestro ser, pero él no está predeterminado, sino que a cada instante debemos decidir lo que él será. Deben ser las cosas decididas, y éste ser decididas es lo que tienen de vida; vivir es decidir en cada instante lo que vamos a ser. Hay en ello una paradoja al afirmar que vivir es lo que vamos a ser; es decir, lo que aun no es. Pero esta gran paradoja es justamente la vida.

«Decidir lo que va a ocupar nuestra vida es ocuparse, vale decir, «preocuparse». Sólo escapan a esta característica vital los débiles, los mediocres, los que se preocupan de despreocuparse, los que se despojan de la responsabilidad de su propio destino. No debemos, pues, valorar al prójimo por lo que hace, que cada cual hace lo que puede. Debemos, sí, fijarnos en lo que desea, en lo que aspira, en lo que anhela. Esos son los resortes vitales que hacen el ser de cada cual. El sistema de ilusiones de cada persona es lo que constituye su vida. Al través de su rostro de carne debemos perseguir — termino diciendo — el rostro de sus afanes. José Ortega y Gasset.»

(De sus conferencias en Buenos Aires.)

Riquezas no usadas.

«Según el libro *La riqueza y el progreso de España*, editado por el Banco Urquijo — obra monumental de estadística —, en Italia la riqueza media por habitante es de 2.500 pesetas; en Francia,

de 7.800 pesetas, y en España, de 10.000 pesetas. En España la riqueza está menos distribuida que en Italia y Francia. Existen mayores desigualdades, mayor concentración proporcional en grandes fortunas. Si la indagación se continuara científicamente, se vería cuán bien pesados, pensados y medidos fueron los avisos y denuncias formulados por A B C. Se vería que asistimos al descubrimiento de un grave síntoma social, de un problema nacional agudo, que merece la atención y la acción de los buenos ciudadanos y del Estado. Ese *no saber ser rico* para aliviar los duelos nacionales no es más que el aspecto de un horror total y troglodita a lo público y circulante, una forma de pereza mental y cordial resistente a otras muchas iniciativas aún beneficiosas para los mismos participantes. Se trata en muchos casos de capitales estancados y encastillados. Un Estado ideal, no sólo incapacitaría a los pródigos, sino a cuantos con la avaricia, la pereza y la sordidez abusan de la posesión de riquezas. En buena teología moral, son mucho más culpables que los pródigos. — *Rafael Sánchez Mazas.*

(En A B C.)

La penuria del clero.

El Debate carga toda la culpa de este problema a los seglares católicos que actúan en política. «Si hubiera proporción entre la piedad externa y la actuación pública de muchos españoles, el problema de la situación económica del clero estaría resuelto ya.» Pero no como *El Debate* piensa: aumentando el presupuesto de gastos, harto gravado ya. Si hubiera proporción entre la piedad externa y la piedad interna, el problema estaría resuelto ya, cuando no fuese por el Estado, por los mismos católicos. ¿No son pródigos, hasta la dilapidación, para comprar joyas costosísimas que sirvan de adorno a las imágenes? ¿Por qué no son generosos, en igual medida, para sostener con mayor decoro al clero, que ejerce, por todas partes, la cura de almas, más necesitadas de la enseñanza y la tutela sacerdotal que las imágenes sacrosantas de coronas y preseas?

«Alguna vez hemos hablado en estos editoriales de la estrecha situación económica en que viven los sacerdotes. Hay una evidente desproporción entre la dotación del bajo clero y la del alto clero, el cual nunca se ha quejado — por lo menos con razón como aquél — de la parvedad de sus ingresos. Pero cuando Gobiernos como el actual no han juzgado oportuno hasta la fecha aumentar el presupuesto por este concepto, sin duda ha obedecido a causas de absoluta imposibilidad.»

(Editorial de *El Sol*.)

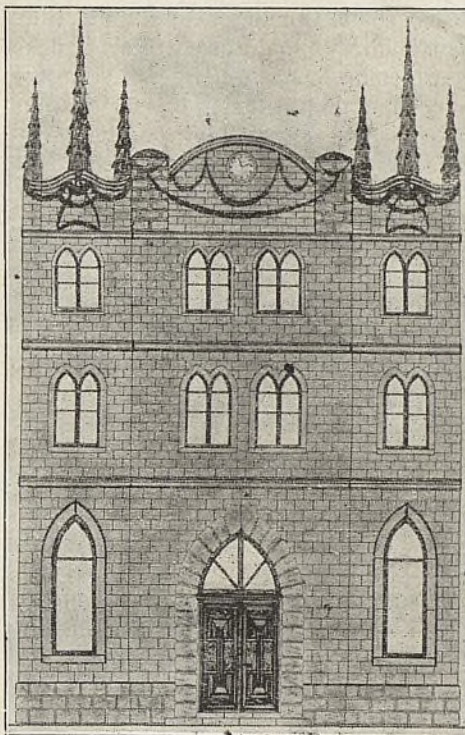
Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

Iglesia Evangélica de San Pablo, Barcelona.

Hermanos evangélicos: ¡Ayudadnos!

El proyecto de templo que tanta falta está haciendo a esta Iglesia para el debido desarrollo de sus múltiples actividades, va, gracias a Dios, en marcha. Debido al esfuerzo extraordinario de estos hermanos, mucho mayor si se tiene en cuenta que pesa sobre ellos la responsabilidad del



PROYECTO DE TEMPLO

sostenimiento propio de la misma Iglesia, sin comité ni auxilio seguro de fuera, y merced también a generosos donativos de algunos hermanos de España y del extranjero, hemos podido pagar en un año más de 30.000 pesetas por el solar adquirido para la edificación, y esperamos, con la ayuda de Dios y la cooperación que seguramente seguirán prestándonos nuestros amigos, entrar por la vía franca en el período de edificación, que nos urge en gran manera, por todos conceptos.

Bien quisiéramos dar al proyecto la importancia y amplitud que nuestra Iglesia, por su interesante historia de cerca de sesenta años de luchas, de sacrificios, exige, y la importancia que una ciudad como Barcelona, la primera de España por su población y movimiento industrial, que así lo demanda en consonancia con la innumerable multitud de edificios grandiosos de todo género; pero nuestras aspiraciones son muy modestas; como puede verse por el grabado del diseño del edificio en proyecto; se trata únicamente de levantar locales indispensables y sencillos para llenar las necesidades más perentorias de nuestra Iglesia: un salón de cultos decente y capaz para unas 300 personas; sobre él una planta para escuelas y reuniones, y después otra planta para

vivienda del pastor y conserje; en suma, una edificación de 12 metros de fachada por 20 de fondo y 14 de altura.

El solar adquirido está situado en la calle de Aragón, muy conocida de todos, en el número 49, a la izquierda del ensanche, de tanto porvenir, ahora sobre todo, en que por la próxima Exposición Universal, emplazada muy cerca de nuestro solar, ha de tomar gran incremento, reuniendo además la circunstancia tan favorable de estar dentro del radio de acción en que siempre ha funcionado nuestra Iglesia. El carácter esencialmente popular de esta parte de la población barcelonesa, nos hace esperar, que con el futuro edificio, bien presentado, será muy eficaz la labor religiosa y escolar en esta barriada.

El presupuesto total de la edificación proyectada se calcula en 100.000 pesetas, y nuestras oraciones más fervientes al Señor son para que su infinita misericordia nos provea de esta cantidad por medio del esfuerzo, siempre tan bien dispuesto, de nuestros hermanos; ayudado por cuantos hermanos y amigos de España y del extranjero quieran mostrar su amor cristiano hacia esta gran necesidad.

Bien comprendemos que las circunstancias actuales no son las más a propósito para demandar ayudas de otras Iglesias y de evangélicos de fuera, tan gravados como se hallan por necesidades propias, pero confiamos en la infinita bondad de Dios, que como nos ha favorecido hasta aquí, por modos verdaderamente maravillosos en esta primera etapa de la adquisición del solar, la más difícil por ser la primera y por lo apremioso de los plazos fijos, nos ayudará en esta segunda época de la construcción, poniendo en el corazón de propios y de extraños el deseo de aportar cada uno su granito de arena, su ladrillo o su piedra, según las posibilidades respectivas, al levantamiento de una casa a la gloria de Dios y por el bien del Evangelio en esta gran ciudad de Barcelona, que tanto necesita de su influencia regeneradora.

¿Queráis ayudarnos, hermano querido, en esta empresa? No te pedimos sino lo que Dios haya propuesto en tu corazón, después de haber meditado despacio en estas breves líneas de llamamiento a tu amor cristiano, y cuando te hayas convencido, como así lo esperamos en el Señor, de que se trata de una necesidad real y urgente para la obra grande de la evangelización de la capital de Cataluña.

Y en todo caso, a tus oraciones y simpatías encomendamos esta obra.

Por el Comité pro templo de la Iglesia Evangélica de San Pablo, el pastor, *Agustín Arenales*.

Nota. — Los donativos al pastor A. Arenales, Diputación, 38, 1.º, 2.º, o al Tesorero, Sr. D. J. Matthéy, Mendizábal, número 25, 3.º, 1.º.

Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA



CRÓNICA



La voz de los príncipes de la Iglesia católica española.

ES la cuestión del día. No podrán quejarse los arzobispos españoles que, con el Cardenal Primado a la cabeza, acaban de dirigir al Gobierno sendas exposiciones con demandas concretas. Han tenido una gran Prensa; y aunque cada cual desde su punto de vista, todos los periódicos, chicos y grandes, les han dedicado estos días espaciosos comentarios, especialmente en lo que se refiere a los haberes del clero, asunto que, sin duda, por merecer a los prelados la mayor preferencia, se la han dado también los comentaristas. No ha sido, pues, la voz de los arzobispos voz en el desierto, sino que ha hallado eco en todas partes.

Vamos, pues, nosotros también, aunque modestísimos cronistas, a emitir con todo respeto, pero con toda sinceridad, nuestro pobre juicio, y cambiando el orden de los documentos, porque, para nosotros, es más importante el asunto de la observancia del Domingo y el de la represión de la pornografía, que el de la situación económica del clero, que ha aparecido el primero, diremos unas palabras sobre aquéllos.

Descanso dominical.

Los arzobispos españoles han creído al fin deber dirigirse al Gobierno en solicitud de mayor vigilancia para evitar el escandaloso trabajo en Domingo, «que no sólo en los pueblos, sino hasta en las ciudades — comenta *El Debate* —, se hace frecuentemente con evidente perjuicio de la vida espiritual y del bien social».

Ya era hora de que los altos dignatarios de la Iglesia romana se mostrasen preocupados en documentos públicos de este grave asunto, pues que nosotros sepamos, es la vez primera que de él tratan en forma solemne y colectiva. Nos place esta actitud, y desearíamos, de veras, que persistieran en ella hasta convencer a todos sus súbditos de la necesidad y suprema conveniencia de cumplir este sagrado precepto del Decálogo. Pero nos agrada más que tomasen el camino derecho y propio, el de emplear su influencia y predicación cerca de los suyos, que no el de acudir al Gobierno en petición de leyes coercitivas, que nada resuelven en el orden religioso y moral. Después de todo, los gobiernos en España, de algún tiempo a esta parte, han hecho bastante sobre el particular, y existe una copiosa y seria legislación, que, por cierto, ha venido, más que por mociones de la Iglesia oficial, por el ejemplo de fuera, especialmente de los pueblos evangélicos, donde tan hermoso es el espectáculo de una fiel observancia del descanso dominical, y también por reiteradas demandas de los

elementos obreros, que ven en la ley divina una ley social de positivos beneficios.

Un medio, entre otros, que sugerirles, debe su celo pastoral tienen los señores arzobispos a su alcance, que daría excelentes resultados en seguida, el de aconsejar a sus fieles, que debe preferirse el descanso del Domingo, como de institución divina, obligatorio en rigor, al descanso en las fiestas de vírgenes y santos, que, como de institución eclesiástica, no obliga con el mismo rigor; porque, reverendísimos señores, seamos francos: descansar Domingos y fiestas, es mucho más difícil que descansar sólo el Domingo, que por algo el Señor impuso el descanso de un día a la semana, y no el de dos o más. ¿No les parece? ¡Ah!, y nada de conceder dispensas en tiempos de recolección (que siempre se dan, por cierto, para trabajar en Domingo, *con excepción de los días de fiesta eclesiástica*), porque la lógica siempre es conocida y usada por el pueblo, y la lógica induce a pensar a muchos, que si un hombre puede dispensar a los demás del descanso dominical, por razón de trabajos urgentes, otro hombre cualquiera, aunque no sea obispo, puede dispensarse también a sí mismo de tal deber, cuando crea que así lo demanda su apremiante necesidad, y entonces es fácil hacer de la ley de Dios letra muerta. Y si no, véase lo que sucede en los pueblos donde mayor es la influencia de obispos y curas: que se infringe con más facilidad que en la ciudad el descanso dominical; y así se explica la ingenuidad de *El Debate*, a que antes aludíamos, cuando, hablando de la falta de observancia de este descanso, dice, tan sencillamente, que no sólo existe en los pueblos, sino en importantes capitales de provincia; así, como dando a entender, que en aquéllos es explicable esta falta; ¿por qué?

Represión de la pornografía.

Conformes con los venerables prelados, que es cada vez más creciente la ola de inmoralidad que invade nuestra Patria, y nosotros nos lamentamos de este gravísimo mal con ellos. Pero, señores excelentísimos, volvemos a lo de antes; más que pedir al Gobierno medidas coercitivas, procede que sus señorías, con los enormes medios de acción de que disponen en tanta abundancia, laboren, activa y constantemente, en la empresa de moralizar. Con tantos miles de curas, frailes y monjas; con tantas instituciones educativas y catequísticas y sociales; con tanto dinero e influencia avasalladora como poseen,

Este número ha sido revisado por la censura.

parece muy extraño que nada hayan conseguido de práctico en este importantísimo problema. Con la mitad del empeño que pone esa Iglesia en combatir la propaganda protestante y en dificultar la difusión de la Santa Biblia en pueblos y ciudades, siendo así que la acción de los evangélicos es, a todas luces, moralizadora y cristianizadora, hubieran conseguido, sin duda alguna, éxitos rotundos en la represión de la pornografía y literatura malsana.

Haberes del clero.

Y vamos con la cuestión para los arzobispos españoles batallona, y la más importante de todas, a juzgar por lo mucho que de ella escriben.

Y digamos, ante todo, que la tal cuestión, según nos revela la pastoral del Primado al clero de su archidiócesis, ha suscitado cierta marejada entre el clero, que parece descontento y algún tanto indisciplinado con sus mismos obispos, a quienes juzgan, por lo visto, poco solícitos en procurarles un mejor bienestar económico. Allá ellos: pero es bien extraño y lamentable que sea este asunto tan prosaico, precisamente el único que en ese campo, donde debía predominar el alto ideal espiritual, provoque actitudes dignas y enérgicas.

¿Será por eso por lo que los arzobispos españoles han vuelto con sus demandas al Gobierno, y ahora con más viveza que nunca? Ellos lo sabrán; lo que nosotros sabemos, porque se ve bien claro en el documento en cuestión, es que los argumentos expuestos en pro de la mejora que solicitan para culto y clero, no acusan novedad ni revelan el tacto exquisito y tono prudente en que debieran manifestarse siempre los que se dicen ministros religiosos.

Por ejemplo: no está bien, a nuestro juicio, que empiecen esos respetables mitrados por afirmar tan rotundamente que la mejora de los haberes del clero es «la carga de justicia y la deuda más sagrada de cuantas pesan sobre el Erario público». Si es odioso el argumento del «más eres tú», cuando se trata de repeler acusaciones, no menos odioso es el de «más soy yo y mejor que tú», cuando se trata de defender derechos. No, señores; esa deuda, si lo es, será tan sagrada, pero no más, que las otras que tenga contraídas el Estado. ¿O es que el Concordato es un compromiso más serio que el que la nación contrae con las demás atenciones públicas? ¿Qué razón de justicia hay para que la mejora del culto y clero sea más atendida por el Estado que la mejora de la instrucción, de las obras de pública utilidad, de la defensa de la Patria y del orden, etc.? Y así, más que contrariedad, como se ve en el documento de los arzobispos, que les produce el aumento del presupuesto para mejorar personal y servicios, les debía inspirar aplausos y satisfacción, pues los ministros de la religión, por patriotismo y por

amor al bien general, han de preferir siempre éste al bien particular o de clase.

Tampoco está bien que los señores arzobispos acudan, para defender a los suyos, al parangón con los porteros, mozos auxiliares del lavadero, serenos y jardineros, de quienes, dicen, párrocos, coadjutores y capellanes *pueden sentir envidia*. ¡Un ministro de Jesucristo enviar a humildes empleados por unas cuantas pesetas más o menos de nominal! ¡Qué cosa tan extraña! Y aún más extraña esta envidia, porque aparece, según el mismo documento, con cierto menosprecio a los modestos servidores del Estado, porque no tienen carrera literaria como los curas. Cada uno tiene la carrera literaria que le han proporcionado, y el no haber sido favorecido por la suerte en este punto, no puede ser jamás, ante el concepto de amor cristiano, demérito ni causa de asignarle menos remuneración que la correspondiente a sus legítimas necesidades. Recuerden los respetables arzobispos españoles la significativa parábola del Divino Maestro de los «obremos llamados a la viña», y verán cómo allí el salario se entiende de muy distinto modo que como sus señorías lo entienden. Un empleado, por modesto que sea en su carrera, tiene mujer e hijos que mantener, y, por tanto, más necesidades que un cura de brillante carrera, célibe y con muy pocas obligaciones de orden material.

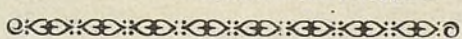
La cita de Mendizábal, quien, según los arzobispos, «declaró que para el sostenimiento del culto y clero en España harían falta 380 millones de pesetas, cuya suma aún no constituiría la restitución debida a los bienes perdidos, a causa de la «desamortización», es de una imprudencia notoria, que no nos explicamos en varones tan respetables por su ciencia y tan obligados por su cargo a la serenidad de juicio, porque volver sobre lo pasado y querer revolver lo de la desamortización, es entrar en terreno muy vidrioso, provocando discusiones que a nadie perjudicarían más que a la Iglesia a quien se quiere defender. Si a tal cantidad fabulosa asciende el interés del capital, interés que no puede calcularse en más del 4 por 100 anual, resultaría que la Iglesia tenía más de 10.000 millones de pesetas de propiedades, sin contar lo que les quedó después de la amortización, que era, por lo menos, otro tanto, y así, era dueña esa Iglesia de un capital superior a 20.000 millones de pesetas, que en aquella época, hace más de noventa años, representaba un valor más grande que el de 80.000 millones en el día de hoy. Y un capital de semejante volumen en una Iglesia que se llama cristiana, ¿no comprenden los señores arzobispos españoles que sería tema muy delicado, que suscitaría agrias polémicas sobre la legitimidad y la inversión de tantos millones? No, dejen, excelentísimos señores, tal asunto, en último término, a la fogosa pluma de *El Debate*, *Siglo Futuro* y de-

más inquietos paladines de la Prensa católica; y en documentos a los Poderes públicos, sobre todo, no toquen, ni de lejos ni de cerca, tan escabroso tema, que, al fin, el Concordato liquidó el negocio, y sólo el Concordato puede ser punto de partida para sus demandas eclesiásticas.

Y en este terreno concordatorio, si sus excelencias opinan que el Gobierno no ha dado al culto y clero todo lo que buenamente ha podido, especialmente con los aumentos introducidos en el capítulo de obligaciones eclesiásticas, desde algunos años a esta parte, muchos millones de españoles, y entre ellos nosotros, los evangélicos, creen que se ha dado bastante y que todo el problema es un simple problema de distribución, y esta distribución a sus señorías compete, ya que así se lo concede el mismo Estado, y con una distribución equitativa, razonable y, sobre todo, *cristiana*, los 70 millones largos que Estado, Municipios y demás organismos oficiales da anualmente, *más otro tanto, por lo menos*, que supone el ingreso por concepto de derechos parroquiales, sin contar donaciones particulares, los 20.000 párrocos, coadjutores y capellanes de monjas (número que bien podría reducirse en un *diez por ciento* siquiera), tendrían de sobra para vivir con decoro y atender a reparaciones, conservaciones y edificaciones de templos *necesarios*. ¿No? Pues digan los señores arzobispos, tan aficionados como se muestran a estadísticas y a barajar cifras y millones, si en el presupuesto de Instrucción pública, por ejemplo, tocan cada 20.000 maestros y catedráticos, con los consiguientes locales de enseñanza, a esa suma enorme de 140 millones anuales! que, repetimos, es el ingreso mínimo del presupuesto eclesiástico en España.

Y basta ya de números y dinero, que en asuntos religiosos tienen muy relativa importancia... mucha menos de la que esta Iglesia le concede.

AGUSTÍN ARENALES.



Correo de América

Uruguay y el Ejército de la Salvación.

De uno de los grandes diarios de Montevideo copiamos lo que sigue, que habla muy alto en favor de los legisladores de aquella república, tan pequeña en extensión y tan grande en ideales:

«El Senado y la Cámara de representantes de la república oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, decretan:

»Artículo 1.º Desde la promulgación de la presente ley, exonérase del pago de la contribución inmobiliaria a la propiedad del Ejército de Salvación, situada en la calle Ituzaingó, número 1522, de esta capital.

»Art. 2.º Comuníquese, etc. — Montevideo, 8 de Octubre de 1928. — *Rogelio V. Mendiando*, representante por Colonia.

»Exposición de Motivos. — El Ejército de Salvación es una institución benemérita. Con ramificaciones por todos los continentes, los integrantes de esa gran columna de hombres nobles, desinteresados, altruistas, predicán con el ejemplo las máximas cristianas, infiltrando en el alma del pueblo los amplios postulados de la caridad en grado superlativo. Amparar y proteger a los que así proceden es obra humanitaria y laudable. El Ejército de Salvación, por la fructífera obra de regeneración social que desarrolla en todos los ámbitos del mundo, cuenta con la simpatía de los hombres del pueblo, porque éstos saben que si en un momento dado necesitan de la protección de sus semejantes, esta protección parte de inmediato de los integrantes de aquella institución de caridad. Lo mismo, como en otros países, en el nuestro el Ejército de Salvación desarrolla un filantrópico programa de profilaxis social. Sin preguntar procedencias, ni tendencias políticas y filosóficas, los salvacionistas acogen en su seno a todos los desheredados de la suerte, dándoles de comer, asilándolos en sus locales, buscándoles trabajo e inculcando en sus corazones las doctrinas del bien, de la virtud y del bienestar colectivo. Teniendo en cuenta esas circunstancias, y como una modesta contribución del Estado a los improbables desvelos de los salvacionistas del país, establezco en mi proyecto de ley la exoneración de la contribución inmobiliaria para la finca que el Ejército de Salvación posee en la calle Ituzaingó, número 1522, de esta capital. Una institución que presta tan grandes servicios a la población en general, bien merece la liberación que solicito, ya que el Parlamento ha concedido esa misma prerrogativa a muchas instituciones que no admiten parangón en cuanto a la importancia de los servicios altamente humanitarios que presta el Ejército de Salvación. Creo, por lo tanto, que la Cámara sancionará esta iniciativa, estimulando de esta manera a los hombres que derrochan desinterés en holocausto de la Humanidad doliente. — Montevideo, 8 de Octubre de 1928. — *Rogelio V. Mendiando*, representante por Colonia.»

Conviene tener presente que el autor de la proposición, D. Rogelio Mendiando, es de filiación católica, lo cual hace más meritoria su petición. Así son los católicos de por allá. ¿Qué dicen de esto los nuestros?

ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

TELÉFONO 33.590

INFORMACIÓN EVANGÉLICA

Nueva directiva.

El día 9 de Octubre celebró la Juventud de la Iglesia del Salvador, de Madrid, su Junta general, siendo elegida por votación la siguiente Junta directiva: presidenta, Srta. Olimpia Blanco; vicepresidente, D. Alfredo del Corte; secretaria, D.^a Ramona Reiff; tesorero, D. Alfredo Gachr; vocales, D.^a Rosa Criado y don Ernesto Reiff.



Juanita Fliedner.

Nuestros queridos amigos el pastor don Teodoro Fliedner y su señora han sufrido la dolorosa prueba de perder en la tierra la más pequeña de sus hijas, Juanita, una preciosa niña de ocho años, que era el encanto del hogar.

Dos semanas ha estado la enfermita luchando con la gravísima enfermedad, rodeada de los cuidados de su madre amantísima y sostenida por las plegarias del padre, ausente en Alemania para asuntos de la obra, en el servicio de España. Al fin Jesús ha querido trasplantar al jardín celestial esta vida infantil, esta «pequeñita» que ya «creía en Él», librándola así de los peligros y las dificultades de esta vida.

Los cultos fúnebres, tanto en la casa como en el Cementerio, dirigidos por el pastor alemán Sr. Lahusen, y por los tíos de Juanita, D. Jorge y D. Juan, fueron tan sencillos como conmovedores. Una numerosa concurrencia, en la cual destacaba el hondo sentimiento de las amiguitas españolas de la niña alemana, asistió a ambos actos, acompañando en su profundo dolor a la Sra. Fliedner y con el pensamiento y súplicas a su esposo.

Reciban estos queridos y respetados hermanos nuestros, a quienes tanto debe España, nuestra más cordial simpatía.



Reunión de compañerismo.

En la tarde del Domingo 4 del corriente se celebró, con numerosa concurrencia, la reunión de compañerismo de las tres sociedades de Madrid: señoritas del Colegio Internacional, infantil de la Iglesia de la Trinidad y jóvenes de la Iglesia del Redentor, en el salón de actos de esta iglesia.

Se empezó la reunión cantando el himno «Jesús, yo he prometido». A continuación, el pastor D. Fernando Cabrera, que presidía el acto, dió lectura al salmo 133, y elevó una ferviente oración. Después de hacer resaltar en breves palabras la significación del acto que se celebraba, nos dirigieron muy acertadas frases los oradores D. José Medina, D. Luis Román y D. Agustín Arenales, que de paso en esta capital, tuvo la amabilidad de acceder a nuestro ruego de hablarnos en esta reunión. Todos, en breves discursos, nos

mostraron muy elocuentemente las ventajas de la unión entre todos los esforzadores, para que haya un verdadero compañerismo práctico.

Intercalados entre los discursos, se cantaron los himnos «Firmes y adelante» y «Del mundo salvador, es Jesús el Señor». Éste, a tres voces, por la Sociedad de jóvenes de la iglesia del Redentor. También se leyeron los numerosos mensajes recibidos de las sociedades de provincias y los enviados por las sociedades de Madrid, y se hizo una colecta para ayudar a la publicación de la *Hoja del Esforzador*.

Tuvimos el placer de tener entre nosotros, además de D. Agustín Arenales, otros esforzadores de sociedades de provincias que cursan en Madrid sus estudios.

Finalizó el acto con el himno «Todo por Cristo» y la bendición dada por el pastor que presidía, repartiéndose después, a la salida, las numerosas flores que adornaban la sala.

Que Dios nos ayude a poner en práctica las enseñanzas que recibimos en tan agradable reunión. — El secretario, G. Araujo.



Amparando el derecho.

Al ir ofreciendo la Santa Biblia de casa en casa en Moral de Calatrava, hube de llegar a un taller de carpintería. Al pie de la ventana se hallaba un hombre bien vestido, a quien, como es natural, ofrecí el libro. Pero él, con modales descorteses y palabras insultantes, me dijo: «¡Quite usted eso de aquí; retírese!» «Caballero — le dije —, ¿por qué? Le ofrezco la Santa Biblia, que usted necesita leer». «Le he dicho que se marche, que ese libro es inmoral». «Oiga, caballero — respondí —, haga el favor de hablar bien, con amor cristiano y cordura, porque usted no me puede probar lo que dice».

Entonces, completamente enfurecido, me cogió de un brazo y me dijo que me marchara del pueblo, si no quería que me diesen una paliza.

Ante esta amenaza, tuve que defender mis derechos, y fui al Ayuntamiento a dar conocimiento al señor alcalde.

Al poco rato, me llamaron, y después de las preguntas de rigor y examinar los libros que llevaba, la primera autoridad me dijo que estaba allí para hacer justicia, y que yo podía con completa libertad continuar mi trabajo. Fué para mí una satisfacción hallar este amparo que a veces nos falta; y para mostrarle mi respeto y gratitud le regalé a la digna autoridad una Biblia, que aceptó con sumo agrado.

Tanto por las casas, como en los casinos, fui bien recibido, y tuve la dicha de colocar bastantes ejemplares de las Sagradas Escrituras. — Agustín García.

SECCIÓN FINANCIERA

Cuentas del Hospital Evangélico. — Recaudación del mes de Julio de 1928. — Madrid: F. Orejón, 2,50 pesetas; H. Díez, 3; J. Sánchez, 1,50; Padillas, 2; E. R., 3; R. P., 3; G. Pastor, 1; A. Huelves, 0,25; J. Y., 1; V. Huelves, 1; P. y S. Rojo, 2; L. Galindo, 1; M. L. D., 2; Iglesia de Chamberí, 60; Sres. Brachmann, 10; O. Amorín, 0,50; G. Mora, 2; C. P., viuda de Caravaca, 1; R. P., viuda de Casarrubios, 1; J. Saguar, 1; C. Rodríguez, 1; jóvenes de Chamberí, 30; anónimo, Chamberí, 25; Sres. Rhodes, 10; P. C. O., 17; C. Rodríguez, 1; A. Sanz, 1; M. Rodríguez, 0,50; A. Barranco, 2; J. Moreno, 2; A. Sierra, 2; J. González, 2; M. Mota, 2; C. y D. Reverte, 2; A. Araujo y señora, 5; C. A. García y señora, 3; F. Fernández, 3; F. Rubio, 2; T. Díez y esposo, 5; M. Martínzán, 0,50; S. Tranco, 1; señora de Wood, 5; A. Machimacher, 2; Sr. Loe-we, 2; A. Guera, 1; F. Hillers, 2; Carcumers, 2; J. Mol-des, 1; A. G. N., 2; G. Rodríguez, 1; J. Marín, 1; L. Villar, 1; M. Vigil, 1; M. Molina, 1; C. Guijarro, 2,50; B. Jordán, 1; M. G. Ibáñez, 1; C. Magro y señora, 1; *garden party* en el Porvenir a favor del Hospital, 1.217,50 pesetas.

Gijón: F. Tornadizo, 5.

Mocejón: Q. Ortega, 4.

Vigo: F. Pérez, 3; C. Prieto, 3; P. Núñez, 3; S. Prieto, 2.

San Fernando: A. Morales, 4; M. Patino, 2; E. Tomás, 4.

Algodor: L. Ruano, 3.

Guadarrama: M. López, 2.

Muchas gracias a todos los donantes.

RESUMEN

Total de lo recaudado en el mes 1.495,75
Balance del mes anterior 914,58

TOTAL 2.410,33

Total de lo gastado en el mes 166,85
Balance actual en Caja 2.223,48

Madrid, 31 de Julio de 1928. — Enrique Lindgaard.

Iglesia Evangélica de San Pablo. — Diputación, 38, bajos. — Barcelona. — Comité «Pro Templo».

SÉPTIMA LISTA DE DONATIVOS.

Suma anterior: 22.238 pesetas. — Barcelona: Colectas de los jueves, 58,75; Sres. Hoppe, 15; Enriqueta Carbonell y familia, 32; Srta. Ida Juillard, 100; Felipe Redondo, 4; Rosario D., 4; Simona López, 2; José Fugasot, 10; Sres. Mieville, 10; Sres. Arenales, 34,50; Sres. Morales, 50; Anónimo, 25; Anónimo, 30; José Pelliza, 5,25; María Escandil, 25; Sres. Fuertes, 20; L. Rojas, 5; María Muñoz, 3,50; de la Iglesia de Sans, 7; Sres. Ferrer, 5; S. Roca, 7; algunos hermanos de la Iglesia Metodista, 21; María Olmo, 10. *Alemania:* Sociedad Gustavo Adolfo y otros, 7.000. *Suiza:* Recolectado por D. Luis de Vargas y Mlle. Couchod, Lausanne, 1.100,50; por V. Barberat, Berna, 118,70; Mme. W., 116,75; Mr. y Mme. E. de Trey, Zurich, 140,85; su niña Elena, 5,90; Mme. de Trey, 35,65; Teresa Blanco, 23,10 Mme. L. Holz, 176,55; Mlle. Sofía G., Berna, 234,85; *Holanda:* Comité por el Evangelio en España, 300. *Montevideo* (Uruguay), Comité español, 300. *Madrid:* Colecta Iglesia del Salvador, 116,27; Esfuerzo Cristiano de la Iglesia del Redentor, 75; Sres. Nieto, 40; O. Blanco, 25; otros, 12,50; Luis Román, 5; Luis Moreno, 25; X y X, 15; Anónimo 50; Luis Villaoz, 50; Moisés Calvo, Zaragoza, 25; Sabina Juste, Santa Amalia, 5; Esfuerzo Cristiano de Zaragoza, 15; señorita Ida Blanco, Málaga, 0,50; Srta. L. Machen, 3; E. Girón, Albacete, 100.

Total, salvo error u omisión, 33.176,97 pesetas.

Gracias de todo corazón a los generosos donantes. Barcelona, Noviembre de 1928. — El Pastor, Agustín Arenales.

NO queremos suspender el envío del periódico a nadie, pero

SÍ deseamos preguntar a los que todavía no han pagado el segundo trimestre del año en curso, si no es llegado ya el tiempo de abonarlo.



CAPÍTULO XXVII
DÍAS SOMBRÍOS.

En Ginebra pasaban, entretanto, los días muy lentamente para varias personas. Nadie comprendía tan bien como Berthelie el peligro a que se hallaban expuestos los prisioneros de Lyon; pero el efecto que le causaba era contrario a lo que podía esperarse. Hablaba muy poco; y, a Gabriela, escasamente alguna palabra, pero su comportamiento con ella, cariñoso siempre, tenía mayor ternura aún. Lo más extraño del caso fué que su salud empezó a mejorar desde que supo lo ocurrido; tomaba el alimento con deseo, si no con apetito, y cada día aumentaba la dosis de ejercicio que hacía, pudiendo pronto pasear por dos o tres calles, cogido del brazo de De Caulaincourt, aunque después se sintiera algo fatigado. En aquellos días se hallaba siempre cansado, experimentando un vivo deseo de descansar; pero se decía a sí mismo que no podía hacerlo aún mientras Gabriela lo necesitase.

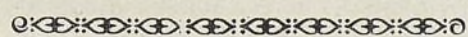
Poco era en verdad lo que él y los demás podían hacer a la sazón en beneficio de la doncella. En los grandes pesares hay una soledad, semejante a la de la muerte, de la cual es reflejo, y oía las palabras de consuelo sin que le produjeran la más leve impresión. Muchas fueron las que le prodigaron porque no era período de reticencias, y en una sociedad tan íntimamente ligada como la de Ginebra, sólo podía ser un secreto a voces el que, a no regir la nueva ley del Consistorio, que obligaba a celebrar el matrimonio durante las seis semanas subsiguientes al compromiso de esponsales, Gabriela Berthelie habría sido la prometida del joven misionero Luis De Marsac. Lo oía todo con la misma indiferencia, y sólo una vez llegó a enojarse, siendo precisamente con su benévola e inofensiva tía.

—Creo que no debemos perder aún la esperanza, querida mía — le dijo Claudina —; y Gabriela fijó en ella la triste mirada de sus grandes ojos, semejante a la de un animal que padeciera sin esperanza, pero también sin temor ni enojo. — Ya sabes, hija mía — continuó la tía — que si se retractaran quedarían salvos en la

tierra; y el camino del cielo está siempre franco.

— ¡No sabes lo que dices! — exclamó la doncella —. La mera emisión de esa palabra es un insulto... a los benditos mártires de Dios. — Y airada en extremo, con la tranquila e inocente ira de un corazón destrozado, salió de la habitación.

La corta vida de Gabriela Berthelie no había tenido hasta entonces más que un momento triste, aquel en que anticipó la separación terrible de todos los seres que amaba y un porvenir solitario entre personas desconocidas y enemigas. Y lo había soportado valerosamente porque, a lo sumo, hubiera muerto; y para quien sabe que es hija del Todopoderoso, ¿qué es la muerte para temerla? Podía soportar la muerte y los sufrimientos, tratándose de sí misma; pero cuando llegaron a afectar a una vida más querida que la suya propia, su corazón se abatió y no quedó espíritu en ella. Luis era para Gabriela el ser de su ser, el alma de su alma. Durante los días transcurridos desde que tuvo noticias de su encarcelamiento, su cuerpo estaba en Ginebra; pero su vida, su verdadera vida, estaba de continuo en el subterráneo de Lyon, pasando su dolorida alma, no una vez, sino un centenar de veces, por todos los sufrimientos del hambre, el dolor, el abatimiento y la resistencia natural a la muerte en el fuego. Soportaba por otro los padecimientos, y los soportaba sola, sin pensar nunca que las amargas aguas al chocar contra ella, hora tras hora, eran aquellas de que dice la promesa: «Cuando pasares por las aguas yo seré contigo» (1). Aquella promesa era para Luis, y para él la pedía ella agoni-



El Domingo de la Prensa

Recibido para ESPAÑA EVANGÉLICA

	Pesetas.
Russell Ecroyd, Castellón . . .	50,—
Luis Moreno, Escorial . . .	15,—
Benjamin Smith, Santo Tomé .	26,—
Antonio Dopico, Brooklyn . .	9,—
F. Johnston, Belfast	8,90
Mateo Queralt, Barcelona . . .	5,—
Iglesia del Redentor (Beneficencia), Madrid	82,05
Esfuerzo Cristiano de la misma .	25,—
Iglesia de Chamberí, Madrid . .	21,25
SUMA	242,20

Para «La Hoja del Esforzador»	
Sociedades de E. C. de Madrid (Diego de León, Mesón de Paredes y Beneficencia)	14,—

(1) Isaías, XLIII, 2.

zante en su ansiedad, conteniendo con el Señor en las largas y silenciosas vigili-
lias de la noche. Pero no se sentía oída ni aun al pedir por él, circundándola una oscura nube sin rendija alguna por donde pudiera penetrar la luz. «¿Por qué consiente Dios que suceda eso?», era el grito constante de su alma. Habiendo sido educada estrecha, intensa y, sobre todo, sinceramente, en una sumisión absoluta e incuestionable a la voluntad de Dios, sólo tenía una fuente a que atribuir tales razonamientos, sin tener el consuelo de la patética idea del anciano Profeta: «Hablaré empero juicios contigo» (1). Para ella no había más que una lección, sublime, sí, pero ¡cuán severa! «Jehová es, haga lo que bien le pareciere» (2).

Y se decía que debía hacerse la voluntad de Dios, pero no le ocurría decir: «Cúmplase tu voluntad», y sobre los demás pesares tenía el de sentirse perfectamente consciente del hecho, lo cual oprimía su corazón como una losa pesada, fría, inamovible. Y aunque por tal circunstancia no dejó de bendecirla el Señor, fué causa de que ella cesase de creer que estaba bendiciéndola, y perdió el inefable consuelo de sentir en las tinieblas el contacto de su mano.

— Parece una persona muerta que no hubiera perdido la facultad de moverse — se decían, una a otra, Claudina y Margarita —. Y posiblemente habría muerto, a no haber tenido, como con frecuencia nos ocurre a todos, un consuelo en una nueva desgracia.

Una mañana hallábase sentada como de costumbre, rueca en mano, haciendo la mecánica tarea que dejaba libre su mente para aposentarse en el calabozo de Luis De Marsac. Berthelie estaba en la misma habitación, leyendo al parecer, pero, en realidad, compartiendo en silencio los tristes pensamientos de la joven. Claudina se ocupaba en algunos menesteres caseros y Margarita había ido al mercado.

Oyéronse de repente pasos y voces en la puerta de la calle, seguidas de un grito de Claudina, que hizo bajar instantáneamente a Gabriela, seguida más despacio por Berthelie.

Era que llevaban a Margarita, tendida en una camilla, gimiendo de dolor. La anciana, aunque fuerte para sus años, hacía tiempo que no se hallaba en estado de poder hacer las excursiones que hacía a la plaza, pero no consentía en manera alguna en ceder sus derechos a Claudina ni a Gabriela, ni a las dos en compañía. «La señorita se desmayaría si viera retorcer el cuello a un pollo — decía —; y por lo que toca a Gabriela, daría a esos bandidos la cantidad que quisieran pedirle. Es una suerte que maese Calvino se haya puesto serio y no permita vender fruta picada ni verduras secas, porque, de otro modo, siempre habría algún tonto que

(1) Jeremías, XII, 1.

(2) 1.º Sam., I, 18.

las comprase». Iba, por lo tanto, con bastante frecuencia, y aquel día, al volver, con una cesta demasiado pesada en el brazo, resbaló y cayó, siendo preciso que las vendedoras la levantasen del suelo y los vendedores la llevasen a su casa con una pierna rota. La anciana suplicó entre lamentos que la llevasen directamente al hospital, pero sus conductores se negaron a hacerlo sin permiso de su amo, el cual desechó con desdén la proposición y suplicó a los hombres que la dejaran sobre su lecho. Llamado inmediatamente el cirujano que más cerca vivía, trató de entablillar la pierna rota con el auxilio de Gabriela y dijo que no peligraba la vida de la anciana, pero que pasarían varias semanas antes de que pudiera poner los pies en el suelo, caso de que, teniendo en cuenta su edad, llegara a hacerlo otra vez.

Bonita perspectiva para Berthelie, que era tan inocente como un niño en todas las cosas del mundo; para Claudina, cuya vida en el convento la había inutilizado, y que, además, podía considerarse casi como inválida, y para Gabriela, engolfada en la amargura de sus pesares.

Los vecinos, especialmente la familia Calvino, eran bondadosos y los ayudaban, habiendo, además, encontrado una criada provisional en la nieta de su fiel Juana. Pero era una muchacha más joven que Gabriela, con muy buena voluntad, pero poco sentido, y un talento prodigioso para olvidarlo todo. Cualquiera que se haya encontrado en una casa privada súbitamente de su único miembro práctico y ejecutivo, compadecería a los Berthelie. Para aumento de sus dificultades, Margarita, no sólo no trabajaba, sino que daba trabajo a todos los demás, porque requería gran atención y cuidados, y justo es decir que se los concedían.

Y no era, por cierto, un modelo de enfermas; pues, aunque sufría con paciencia los dolores, su incapacidad la irritaba y consumía. No solamente creía que los demás no podían hacer las cosas tan bien como ella, lo que quizá era cierto, sino que llegaba a creer que no podían hacerlas de ninguna manera, lo cual no era exacto. Su impaciencia y las frases duras que usaba con Gabriela, y, más aún, con la pequeña Benita, impulsaron a Claudina a decirle en cierta ocasión:

— Si yo estuviera tan segura como parece estarlo tú de haber sido elegida por el buen Dios, desde antes de la fundación del mundo, para morar en la gloria eterna, no creería que valía la pena de enojarme tanto porque se hubiera quemado un poco la sopa del desayuno.

— ¿Elegida? — exclamó Margarita —. Para lo que si me eligieron, al menos, fué para cuidar de que las criadas del amo estuvieran en condiciones de que él pudiera comerlas.

La teología de aquella mujer era quizá más pura de lo que ella creía, puesto que elección para la gloria significa también elección para el cumplimiento del deber, o no significa nada.

(Continuará.)

Esfuerzo Cristiano

Evitando la pobreza.

Dom., 18 de Noviembre. Sal. 72, 1-19.

Lecturas diarias.

Lunes . . . Trabajo para todos. . . Ex., 39, 1.42 y 43.
Martes . . . Dando limosna. . . . Prov. 14, 20 y 21.
Miércoles . . . Buen gobierno . . . Is., 60, 1-3, 11.
Jueves . . . Trabajo y no guerra. . . s., 2, 1-5.
Viernes . . . Leyes no gravosas . . . Deut., 15, 1-11.
Sábado . . . Iguales oportunidades Gál., 6, 2-5.

Sugestiones.

Nunca como ahora preocupó tanto a los hombres el problema de la pobreza. Todos quisieran ver desterrada del mundo la pobreza, y para conseguir este ideal ponen a contribución todo el entusiasmo de que son capaces sus corazones. Los cristianos no debemos considerarnos ajenos a este problema, pues si bien nuestro ideal primero es la salvación de las almas, es también nuestra obligación cooperar al mejoramiento del estado material del mundo. ¿Cómo conseguir esto? Fomentando la instrucción, propagando el amor al trabajo, educando la voluntad, desarrollando el amor en los corazones, predicando la paz, promulgando leyes equitativas, y, sobre todas las cosas, proclamando el acatamiento a la voluntad de Dios.

Temas para pensar.

¿Cuándo no constituye un peligro el ser rico? ¿Cómo sabemos que la pobreza será suprimida algún día? ¿Cuál es el remedio cristiano para la pobreza?

Pensamientos.

La pobreza más difícil de evitar es la propia del carácter, que está en el seno de toda otra pobreza.

Cuando Cristo dijo a sus discípulos «a los pobres siempre los tenéis con vosotros», no quiso indicar que siempre deberían tenerlos o que el mundo los tendría siempre.

El mundo, como el cielo, tiene bendición bastante para todos, y todos la tendrán cuando la voluntad de Dios sea hecha en la tierra como en el cielo.

La pobreza no se curaría con una repartición de las riquezas, sino con la multiplicación de hombres buenos.

Sociedades infantiles.

El temor.

Dom., 18 de Noviembre. Sal. 27, 1-14.

Hay niños miedosos que en todo hallan motivo de temor, y personas mayores que de todo recelan, como si se vieran asaltadas de peligros. La Biblia nos enseña que lo único que debemos temer es hacer lo malo, o apartarnos de la voluntad de Dios. Fuera de esto, nuestra confianza en Dios conviene que sea tan ilimitada que bajo su amparo nos sintamos seguros ante cualquier peligro que pueda sobrevenirnos. Esa confianza nos es doble tenerla, pues Dios nos repite muchas veces en su palabra que nos ama, y son también muchas las promesas de protección que nos tiene hechas. Tengamos, pues, siempre buen ánimo, sabiendo que las palabras de nuestro Dios son fieles y verdaderas.

Escuela Dominical

Experiencias de Pablo en Jerusalem.

18 de Noviembre. Hech., 21, 27-40; 28, 1, 22-29.

TEXTO ÁUREO: *Confortaos en el Señor y en la potencia de su fortaleza.* — Efe-sios, 6, 10.

Pablo llegó a Jerusalem acompañado de varios, si no todos, los amigos y colaboradores que se mencionaron al hablar del comienzo de este viaje (Hech., 20, 4). Los hermanos le dieron una cordial bienvenida. Al día siguiente, los ancianos de la Iglesia, con Jacobo, «el hermano del Señor», que parece haber sido el pastor u obispo de la iglesia de Jerusalem, se reunieron para recibir a Pablo y oír de sus labios la historia de la extensión del Evangelio entre los gentiles.

Entonces algunos de los hermanos hablaron a Pablo de los rumores que corrían acerca de sus enseñanzas y conducta en aquellos viajes misioneros. Se decía que enseñaba, no sólo a los gentiles, sino a los mismos judíos; que no era necesario guardar los ritos y ordenanzas de la ley mosaica. ¿No sería bueno que Pablo hiciera una manifestación visible de su amor a la ley? Había para ello una ocasión favorable. Cuatro nazareos pobres estaban a punto de cumplir su voto. Era un acto piadoso para los judíos unirse a algún nazareo en tales condiciones. ¿No podría Pablo hacerlo y acallar de este modo los rumores que habían corrido acerca de su desafecto a la ley?

Pablo accedió, seguramente, por complacer a los hermanos. Se hizo judío a los judíos para ganarlos a Cristo. Pero su descendencia no consiguió apagar el odio salvaje con que los judíos fanáticos le miraban. Unos judíos de Asia que le vieron en el templo cuando estaba para terminar su voto promovieron un tumulto.

Pablo hubiera perecido a manos del populacho si la oportuna presencia del tribuno (categoría correspondiente a coronel), con su cohorte, no hubiera calmado un tanto el tumulto. Aun así, cuando los soldados que habían encadenado a Pablo subían con él las gradas de la fortaleza tuvieron que llevarlo en vilo y darse prisa porque el populacho quería todavía apoderarse de él.

Su discurso fué una historia de su propia vida y de su conversión. Aquella conversión había sido el comienzo de una vida más consagrada al servicio de Dios.

Todo lo escucharon hasta que mencionó su misión a los gentiles. Esto no pudieron sufrirlo. El tumulto se reprodujo con mayor violencia y el tribuno mandó que metiesen a Pablo en la fortaleza y le sometiesen al tormento de los azotes. Grande fué su asombro cuando oyó que Pablo invocaba su ciudadanía romana y que la poseía por nacimiento. Desde aquel momento el apóstol recibió el trato que a un ciudadano romano correspondía. Pero estaba preso. Habían comenzado aquellas prisiones que iba a sufrir por algunos años y que le harían llamarse a sí mismo «un preso de Jesucristo», «un embajador encadenado».